DIALOGO ENTRE UN COMUNISTA Y UN REACCIONARIO

Rockefeller, el rey del petróleo, el hombre más rico del mundo y uno de los grandes "Barones del Robo"

REACCIONARIO.—Vea, amigo. Me he quedado pensando en su relato de la vida y de los métodos comerciales de Henry Ford. La verdad es que no son muy recomendables. Pero ustedes en su odio por el capitalismo generalizan demasiado. Es posible que Ford sea todo lo despiadado que usted dice, que no respete la vida humana, que en beneficio de su caja de caudales no tenga escrúpulos para explotar como bestias a los millares de hombres que trabajan en sus fábricas de Detroit. Pero no todos los capitalistas son como Ford. Yo podría citarle un caso: el de Jhon D. Rockefeller, el rey del petróleo y según tengo entendido el hombre más rico del mundo. Acabo de leer en un periódico que Rockefeller ha donado recientemente una cantidad apreciable de millones más a la "Institución Rockefeller", que como usted sabrá se dedica muy especialmente a combatir las enfermedades tropicales, el paludismo y la fiebre amarilla. En todas partes del mundo, inclusive en Costa Rica, nos hemos beneficiado con esos impulsos filantrópicos del rey del petróleo. No recuerda usted el grupo de doctores que, por cuenta de la "Institución" varias veces citada recorrió el Guanacaste, curando gratuitamente a los enfermos de malaria? Supongo que usted habrá oído hablar de la Unidad Sanitaria que hay en Turrialba. Allí se dan conferencias sobre higiene y se atiende a enfermos sin cobrarles un cinco. Pues bien, la "Institución" contribuye con una bonita suma para el sostenimiento de ese establecimiento benéfico. Y si eso es en Costa Rica, país que apenas de nombre conocerá el gran filántropo, imagínese como será en los Estados Unidos.

COMUNISTA.—En los Estados Unidos y en Europa son muchas mayores las "generosidades" de su filántropo. La Universidad de Chicago es sostenida por él. La iglesia baptista, a la cual pertenece, tiene su apoyo ilimitado. La Catedral de Reims, en Francia, y la Universidad de Lovaina, en Bélgica, fueron destruídas por los obuses alemanes; y con dinero suyo se reconstruyeron integramente. Durante la guerra, giraba mensualmente un millón de dólares a la agrupación caritativa creada para auxiliar a las víctimas de los bombardeos aéreos en Bélgica.

REACCIONARIO.—(Muy contento). Por fin me da usted la razón alguna vez. Ya ve como no todos los capitalistas tienen espíritu calculador y egoísta. No niego que algunos son avaros, tacaños; pero otros, como Rockefeller, usan de su fortuna obtenida mediante el trabajo honrado para beneficiar a la humanidad desvalida y para fines culturales.

COMUNISTA.—Amigo, usted se equivoca. Nunca he sostenido que todo capitalista tiene que ser un ogro. Por el contrario hay muchos que tienen buenos sentimientos personales, que son muy buenos hijos y mejores padres. Pero en la vida social, donde las actitudes personales cuentan muy poco, hay que saber mirar el conjunto y no las individualidades aisladas. Yo le digo, y en este terreno nuestras tesis comunistas son inatacables, que la clase capitalista en su conjunto, que la clase patronal en su conjunto, es egoísta calculadora, implacable. Y lo es porque fatalmente lo empuja a eso los moldes sociales en que se mueve. Dentro del régimen capitalista, con su propiedad privada y su libre competencia, el patrón que no explote sin piedad a sus trabajadores, que no le juegue sucio a sus competidores, va al fracaso o cuando más se sostiene dificultosamente, siempre al borde de la ruina. Para triunfar dentro de esta sociedad,—y triunfar es hacer dinero, mucho dinero— se necesita echarse la conciencia a la bolsa, explotar sin contemplaciones la fuerza de trabajo ajeno, caplumar a cuantos se le ponen por delante, no detenerse ante sentimentalismos de ninguna clase. Ser lo que se ha dado en llamar "un hombre de negocios".

Rockefeller su héroe, es el típico hombre de negocios. Implacable, calculador, frío, ha vivido para ganar dividendos, para llegar a ser dos veces billonario, sin importarle un comino los cadáveres que deje aplastado su carro de "triunfador". Aquí tengo precisamente una biografía de Rockefeller. Su autor es K. Courau. La editó la editorial "Ercilla", de Chile; y la compré en la librería que está frente al Parque Central. Voy a hacerle un rápido resumen de la vida de ese "triunfador" y de ese "filántropo" para que vea cuanto lodo y cuanta sangre ha servido para amasar su fortuna, la más grande que mortal alguno haya podido reunir.

John D. Rockefeller nació en 1839, en un campo del interior de Estados Unidos. Como usted observará, le faltan apenas cuatro años para ser centenario.

Es hijo de un caballero de industria y de una mujer piadosa y buena. Su padre, William Rockefeller, era un tipo pintoresco y sin escrúpulos. Se hacía pasar por médico y timaba a los campesinos con pócimas que no eran sino agua de azúcar con algunas gotas amargas. Jugador, mujeriego, necesitaba dinero en abundancia y cuando los timos inocentes ya no le daban el resultado apetecido, se dió a robar caballos. La justicia le persiguió y tuvo que ocultarse. Por último, desapareció definitivamente hasta que volvió a vérsele en 1902, en una fiesta de su hijo John D., ya para esa fecha millonario.

John D. ha conservado siempre un tierno recuerdo de su padre. Le admiraba por su "habilidad" para llenarse el bolsillo con el dinero ajeno. La madre, mujer sencilla y buena, no ha sido recordada por él con simpatía. Todo su afecto filial es para el padre tarambana y tramposo. Ya anciano, John D. dirá, recordando los días de su lejana infancia y refiriéndose a su padre: **"Es a él a quien debo mi preparación para la vida práctica. El me explicaba sus empresas y me iniciaba en los principios y en los métodos de los negocios."**

Los comienzos de Rockefeller son modestos. Ingresa como empleado a una casa comercial encargada de transportes navieros. Sus entradas son muy limitadas. Su tacañería, que con el tiempo se ha hecho proverbial, ya entonces daba sus primeras manifestaciones. John D. ha conservado religiosamente una libretita donde apuntaba hasta sus menores gastos personales. Allí jamás aparece la compra de un libro ni de un boleto de teatro. El único lujo que se daba, era el de pequeñas limosnas a la iglesia baptista. Desde entonces, era un puntual asistente a los oficios dominicales de su iglesia. Cantaba en ellas himnos religiosos y de vez en cuando pronunciaba sermones incitando a los feligreses a "pensar en Dios" y a olvidarse "de los groceros placeres de este mundo".

A poco, su egoísmo sufre una gran prueba. Estalla la guerra de secesión. El pueblo yanqui se divide en dos bandos, luchando encarnizadamente: los hombres del Norte, con Lincoln a la cabeza, luchan por la libertad de los esclavos; los hombres del Sur, por el mantenimiento de la esclavitud. John D. permanece neutral. Sólo piensa en que la oportunidad es propicia para hacer buenos negocios, pues desde hace algún tiempo ha abandonado su empleo y trabaja por su cuenta en una pequeña agencia naviera. John D. tenía 22 años, la edad en que la inmensa mayoría de los hombres se sienten apasionados por una causa; pero él no se apasiona sino por los negocios. Su hermano Frank, de 16 años, logra engañar a las autoridades acerca de la fecha de su nacimiento y se inscribe como voluntario. Acude donde su hermano para solicitarle un pequeño préstamo a fin de trasladarse a los campamentos militares. John D. lo recibe ásperamente, lo increpa por su "quijotismo" y le niega el préstamo. Años después, ese mismo hermano hará que el ataúd de un hijo suyo sea retirado de la tumba de la familia, no queriendo dejarlo "en una tierra controlada por ese bruto de John D."

En 1867 se casa con Laura Celestie Spalman, hija de un rico comerciante. John D. confesará después que le atrajo en su mujer una cualidad coincidente con otra suya: el espíritu de economía llevado al límite extremo. "Cettie" era también, como John D., puritana y devota fiel de la iglesia baptista.

Para esa época, una industria estaba naciendo en el centro del estado de Pennsylvania. El aceite mineral, o petróleo, extraído del subsuelo, fue utilizado primitivamente con fines medicinales. Se le aplicaba como depurativo para curar algunas enfermedades. Se recogía el líquido aceitoso en pequeños manantiales. Drake hace brotar petróleo, en el interior de Pennsylvania, mediante perforaciones artificiales. Al mismo tiempo, por una extraña casualidad, descubría un pobre herrero de Machin, Siegfried Marcus, el primer modelo de motor de explosión. Los pozos de Drake y el motor de Marcus abrieron una era nueva: habían surgido, para revolucionar la técnica, el motor que iba a hacer posible el automóvil y el avión; y el combustible que iba a alimentar ese motor.

John D. se asocia con Andrews y juntos ponen una refinería de petróleo. (Este sale del subsuelo en estado "bruto". Mediante tratamientos especiales se transforma en bencina, en gasolina, en canfín. El conjunto de estos tratamientos se ejecuta en establecimientos especiales llamados "refinerías".)

John D. necesita un socio capitalista. El negocio en que se ha metido absorbe mucho dinero. Este socio es Flager. Aporta dinero de su tío, adquirido por éste en negocios asquerosos, envenenando a los pueblos con alcohol adulterado y comprando senadores para sucias especulaciones en valores del Estado. Pero esto no le importa a John D. El dinero no tiene olor. No importa su procedencia, con tal de que sea constante y sonante. John D. personalmente no toma alcohol; prohibió el día de su matrimonio que se sirviera vino a la mesa; cuando atraviesa las calles de Petroleum Centre— ciudad creada vertiginosamente alrededor de los pozos petroleros de Drake— en vano le hacen llamadas incitadoras las prostitutas. John D. sigue su camino inconmovible, con su biblia protestante debajo del brazo, a comprar petróleo a los productores con el dinero que le ha aportado Flager, dinero proveniente del comercio de alcohol adulterado.

Rockefeller, con otros refinadores, entra en su primera, audaz e inescrupulosa aventura. Forman una sociedad que negocia con las compañías ferrocarrileras que transportan el petróleo de los pozos a las refinerías. Logran para sus empresas "tarifas diferenciales", esto es, más bajas, secretamente por supuesto, que las cobradas a los refinadores al margen de la "combinación". La quiebra de éstos sería segura. No podrían resistir la competencia. Pero el pastel se descubre. Hay una agitación popular extraordinaria. Los refinadores al margen del chanchullo y los productores hacen mitines, desfiles, campaña de prensa. Llegan hasta a armar a mil hombres, dispuestos impedir a tiros la sucia combinación. Esta fracasa, se disuelve la sociedad de marras y Rockefeller empieza a ser conocido y odiado.

Este ha permanecido detrás de bastidores. Sufre sin inmutarse la aparente derrota. Y digo aparente, porque había sabido maniobrar en el sentido de que las compañías de ferrocarril declararan que estaba roto el primitivo acuerdo con Rockefeller, cuando en realidad subsistía. Sin embargo de esto, John D. no tuvo inconveniente en jurar ante un tribunal, sobre la "sagrada biblia", que ni rastros quedaban de la primitiva entente que había provocado tanto escándalo.

Comienza entonces a arruinar a sus competidores. Nadie lo resiste, porque las tarifas secretas que le dan los ferrocarriles le garantizan el éxito. Funda la **Standard Oil.** A los refinadores que no quieren venderle sus negocios, los arruina, quitándole sus clientes, a los cuales les vende por un tiempo bajo el precio de costo: arrebatándoles los que le venden el petróleo bruto, a los cuales les compra también por un tiempo al doble de los precios corrientes. Cuando son tercos para entregarsele, sus competidores conocen de otros géneros de procedimientos de John D. Un buen día, se les incendia la refinería. Los agentes de **la Standard** —que constituyen un vasto y complejo "Servicio Secreto", —saben operar sin dejar huellas.

Ni las mujeres, ni las viudas, merecen compasión del frío hombre de negocios. La Sra. Backus hereda de su marido muchas deudas y una refinería. Ella quiere reivindicar el nombre de su esposo muerto, pagando lo que debe; y estabilizar el negocio, para educar a su hijo. Habla con John D., le suplica llorando que no la hostilice. Este se conmueve en apariencia y promete ser generoso. Pero también la Sra Backus tiene que ceder, porque John D. no perdona: los agentes de la **Standard** le quitan los clientes mediante precios especiales; las compañías de ferrocarril no le transportan acción: agentes misteriosos rompen las tuberías y provocan incendios parciales. La Sra. Backus vende a John D.

Los productores independientes, para librarse de la tiranía de John D. y de los ferrocarriles que controla, intentan transportar el petróleo por "oleoductos" (pipe-lines). Los agentes de John D., comprando diputados, hacen que la Cámara se pronuncie contra ese proyecto, alegándose que el jefe de los productores "independientes" de petróleo también fabrica aperitivos y puede hacer transportar por esos tubos ríos de vermut.... Además, los oleoductos pueden romperse y provocar incendios que destruyan regiones enteras. Esto no impide que a las pocas semanas, los oleoductos de las empresas de John D. estén transportando hasta el mar millones de barriles de petróleo.

Jhon D. es ya el hombre más rico y más odiado de los Estados Unidos. La **Standard** controla la producción y distribución del petróleo en todo el país. Hasta la venta a domicilio, en carritos, está controlada por el trust omnipotente.

Los tribunales investigan. Jhon D. es llevado ante los jueces. Asesorado por los abogados mejores, adopta un aire inocente. No sabe nada de nada. Jura sobre la Biblia que es dueño apenas de unas pocas refinerías. Ya para entonces, mediante operaciones que se ha cuidado de mantener ocultas, acapara el negocio en todo el país.

Los juicios contra Jhon D. son prolongados mediante tinterilladas, o bien los jueces son comprados para que fallen favorablemente a la Standard. Pero llega Roosevelt al poder (el pariente del actual Presidente). Es enemigo de Rockefeller, quien siempre ha financiado las campañas electorales de los demócratas, sus opositores políticos. Roosevelt hace pasar la ley Sherman, donde se condena a cárcel a quien monopolice negocios industriales y comerciales. Rockefeller, llevado ante los jueces, promete disolver su compañía. En efecto, hace una asamblea, se disuelve el "trust" pero las acciones se la adjudican individualmente los mismos que eran gerentes de las compañías afiliadas a la **Standard.** Una vez más, el rey del petróleo se burla de sus jueces.

Pero es necesario acaparar más. Estados Unidos ya no produce una gota de petróleo que no esté, directa o indirectamente, controlada por la Standard. Salen los agentes de Jhon D. a conquistar el mundo. En México, provocan sangrientas revoluciones para lograr concesiones en perjuicio de la Royal Dutch, la gran compañía anglo-holandesa. En Costa Rica, su agente Valentine compra todo un congreso y tiene influencia en la preparación de la guerra con Panamá. En Venezuela, la Standard apoya incondicionalmente a Juan Vicente Gómez, y este puede continuar su política de crimen porque detrás de su trono están, apontalándolo, los cañones de Norteamérica, movidos a voluntad por el rey del petróleo. En Bolivia, el petróleo de Jhon D. no tiene salida al mar. El gobierno boliviano, por órdenes de la **Standard,** le decreta la guerra a Paraguay, para conquistarse una vía de comunicación con la costa. Ochenta mil hombres han muerto hasta la fecha para que el "oro negro" del Chaco se convierta en áureos dólares para Jhon D. Entre Colombia y Venezuela, una guerra se está incubando. Se trata de la disputa de un terreno, rico en el codiciado aceite. La **Standard,** la compañía de Jhon D., prepara los planes de esa matanza. Y mientras tanto, Rockefeller filántropo se hace alabar de los papanatas porque dedica un porcentaje mínimo de sus ingresos diarios, que suben a varios millones de dólares, para comprar quinina y para alquilar médicos que la inyecten gratuitamente a unos centenares de palúdicos de los países tropicales.

En los campos de petróleo de Jhon D., en Patagonia, en Venezuela y Colombia, en el Lejano Oriente, mueren diariamente millares de hombres. Las explosiones son frecuentes durantes las perforaciones. Los incendios devastan regiones enteras, como sucedió con la ciudad de Phittole; y como los que han destruído varios pueblos en las orillas del Lago de Maracaibo, en Venezuela. Los hombres que transportan la nitroglicerina, sustancia la más explosiva que existe, vuelan con todo y camión, al menor choque del vehículo con una piedra, en proporción de 1 por cada 5 en períodos de seis meses. Viven los trabajadores de los pozos hacinados en barracas, bajo calores infernales, expuestos a los huracanes que no perdonan, de la pampa de la Patagonia y de los desiertos de Arabia. En esas regiones donde la naturaleza es implacable, se consume opio, cocaína, el alcohol, en proporciones fantásticas. Los establecimientos comerciales de la Standard se preocupan de aprovisionarse bien de esos estupefacientes, para hacer olvidar a los hombres su vida tremenda.

Por el petróleo se matan los pueblos. En la guerra mundial de 1914, la posesión de las tierras productoras de ese líquido, indispensable en la vida mecanizada de nuestros días, fue una de las manzanas de discordia. Jhon D. llegó a ser tres veces billonario en esa época, es decir, llegó a atesorar más de tres mil millones de dólares. Clemenceau, el presidente francés, clamaba en esos días por petróleo y le decía en un histórico telegrama a Wilson: "Una gota de petróleo equivale para nosotros a una gota de sangre". Y el petróleo de Jhon D., vendido a los aliados a peso de oro, alimentaba los tanques, los aviones, los navíos que con sus bombas y cañones destripaban millones de hombres. ¿Encuentra usted meritorio que de los billones de dólares ganados en su comercio criminal, destinara Jhon D. algunas piltrafas para reconstruir ciudades destruídas con su concurso y para ayudar a unos miles de los millones de huérfanos creados con su concurso?

Jhon D. hace cuarenta años que se retiró visiblemente de los negocios. Se ha dedicado a jugar el golf y a hacer obras de caridad, pero de esa bien publicada. Sus primeras donaciones a hospitales fueron a raíz de sus escandalosas comparecencias ante los tribunales. El propósito de borrar la mala impresión producida por sus manejos bochornosos, es claro. Después, lo confirmará Rockefeller con sus propias palabras al decir que **"no quería dejarle a sus hijos un apellido odiado".** Ha creado un "trust de beneficencia" (el **"Benevolent Trust"**) al frente del cual puso a un cura baptista, Gates, quien al mismo tiempo es gerente de seis de sus poderosas compañías. Este "Benevolent Trust" tiene un servicio de publicidad completo, que se encarga de hacer trasmitir a todo el mundo las cifras de las donaciones de Rockefeller. Pero nunca trasmite las cifras astronómicas, fantásticas, de los dividendos de Rockefeller, ni mucho menos las maniobras criminales de que se ha valido para llegar a ser el hombre más rico del mundo.

Jhon D. es un ignorante. En sus palacios hay de todo, menos biblioteca. En cuarenta años que ya lleva sin trabajar, jamás ha leído otra cosa que la Biblia. Su ocupación es jugar "golf" y enviar a las personas necesitadas un regalo de diez centavos y un consejo moral, escrito de su puño y letra. Muchos millares de norteamericanos han recibido el extraño presente de este viejo avaro y maniático.

Insensible a los millones de cadáveres, de suicidas, de arruinados que sirven de pedestal a su fortuna fabulosa, Jhon D. declamó esta estrofita, el día en que cumplió, en 1934, su 95 aniversario de vida:

> Mi vida ha sido un largo y feliz día de fiesta,
> Lleno de trabajo y de alegría.
> Dejé perdidas en el camino las congojas,
> y Dios ha sido muy bueno conmigo todos los días".

Aquí tiene usted, redondeada, la fisonomía moral de esa momia depilada, que es presentada por los propagandistas de este régimen social en bancarrota, como el prototipo, como el modelo digno de imitarse.

UNA FRASE QUE...

(VIENE de la pág. UNO)

Como puede observarse, la frase de Rodríguez y la de Manuel Lahmann se dan la mano, fraternalmente. La del escritor es la del médico después de haber sido "tratada" por la alquimia literaria. Y ambas nos interesan al aplicarles nuestro eje marxista, porque refleja muy bien el desconcierto y la decrepitud de la clase gobernante costarricense. A cien años de distancia del momento en que recibió el poder de la Corona Española— desarrollado por un combate por su logro—, se encuentra agotada ideológica y biológicamente, sin rumbos de principios que la guíen para la acción administrativa, sin hombres capaces de tomar de manos de los "viejos" la gestión política de la clase en su conjunto.

Sólo quienes enfoquen con criterio anecdótico y superficial los fenómenos sociales pueden creer que es obra de un azar infortunado el que la burguesía en Costa Rica carezca en la actualidad de caudillos y de directrices mentales. Quienes no se limiten a constatar la existencia de ese género de fenómenos, sino que traten de buscar sus causas, encontrarán que esa crisis de hombres sufrida actualmente por la clase gobernante, y la ausencia de rumbos de que se resiente, son la resultante y la expresión de la bancarrota del régimen por ella representado. El capitalismo, organización humana en estado de irremediable podredumbre, no ajuda producir ya personalidades relevantes al par de germinar un ideología progresista.

Dentro de ese marco, lo beneficio para su clase y para el imperialismo, Ricardo Jiménez ejerce una dictadura personal ilimitada. Su voz es voz de mando, imperativa y sin apelación, para la clase en el poder. Este hecho simboliza el grado de decrepitud prematura a que ha llegado ese grupo social. Porque no hay que confundir las dictaduras personales de un Robespierre, de un Cromwell, de un Simón Bolívar, encarnación en sus respectivos países de las luchas de la burguesía cuando era ésta una clase ascendente y revolucionaria, con esas dictaduras caricaturescas de los personeros de esa misma clase cuando ya ha entrado en un franco proceso de descomposición interna. Cuando ya no empuja hacia adelante a la "locomotora de la historia", sino que por el contrario trata de hacerla retroceder una buena parte del camino que ha recorrido hasta hoy.

El doctor Mariano Rodríguez con su llaneza de hombre que se ha leído a Keiserling; Manuel Lahmann, con su rebuscamiento retórico de intelectual burgués que sí ha leído eso y otro tratadistas pedantes, llegan, por vías diferentes, a una misma posición: la de afirmar que Ricardo Jiménez es el último caudillo político de la burguesía de Costa Rica.

Para la clase dominante del país, después de Don Ricardo vienen el caos, el desconcierto, el abismo. Los trabajadores revolucionarios del país, sus sectores de pensamiento más alerta, saben lo contrario: que ya, desde ahora, en las filas proletarias de nuestro partido, se están forjando los rumbos que originarán a Costa Rica hacia un destino logrado".

De toda la República

DE HEREDIA

Balance económico del Sindicato de Zapateros

El Sindicato de Zapateros de esta ciudad nos ha dado para su publicación el siguiente resumen de su balance económico durante el año de 1934:

Se recibieron 942 cuotas, a 25 céntimos cada una, correspondientes a las cotizaciones semanales de los militantes. Dan un total de 227 colones 50 céntimos. Deducida de esta suma la de los gastos, que fue durante el año de 119.50 colones da un sobrante de 135.55 colones, suma esta que por acuerdo tomado en la sesión del lunes 7 del corriente celebrada por el sindicato, se acordó poner a su orden en una cuenta corriente en el Banco Anglo. Firman el comunicado anterior el Secretario de Finanzas del Sindicato, Miguel A. Argüello y el Fiscal Gonzalo Calvo.

Corresponsal

DE PUNTARENAS

La lucha de clases comienza desde las aulas de la escuela

He observado que en ciertos periódicos burgueses se dice con insistencia que en Costa Rica no existe la lucha de clases. A esto debo manifestar que yo, como niño proletario, en mis cuatro años que llevo de estudios primarios, he observado y palpado la gran preferencia que merecen siempre, ante los ojos de nuestros maestros, aquellos alumnos que nacieron de familias bien acomodadas y de cierta posición social.

Con frecuencia sucede que entre los niños más andrajosos, descalzos e hijos de familias muy pobres, víctimas de la miseria y la explotación de los patrones capitalistas, se descarga sin compasión la furia del maestro.

Si un niño, hijo de un rico, comete alguna falta, por grave que ésta sea, la generalidad de los maestros le castigan con una sonrisa o un consejo dulce. Pero en cambio, si se trata de un hijo de hogar pobre, con hambre y semidesnudo, no hay contemplaciones para someterlo a un riguroso castigo, el cual es estruendosamente celebrado por los hijos de los ricos.

Creo que este pequeño argumento llegará a ser tomado en cuenta por aquellos maestros capaces de comprender las injusticias, para que no miren con tanto desprecio a los niños víctimas de la miseria, a los que muchas veces llegamos a las aulas escolares sin haber tomado el café de la mañana.

JORGE MATA

(Niño de 12 años, alumno de IV grado, comunista)

Puntarenas, enero de 1935.

EL DIPUTADO...

(VIENE de la Página UNO)

decir, que Romagosa como comerciante idea un negocio; y como diputado, presentará al Congreso un proyecto de ley para que se destine una gruesa suma de los fondos del país a fomentarle ese negocio.

Porque pecaría de cándido el que creyera que esa suma iba a servir para ayudar a los trabajadores pobres de minas en Miramar y Abangares. A esos... que los parta un rayo. Si la ley es promulgada, — y nadie puede dudar que lo será — vendrá a beneficiar los particularísimos intereses de Romagosa, Acosta y Compañía.

IMPRENTA "LA TRIBUNA"

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica